

**GREGORIO LURI**

**ELOGIO  
DE LAS FAMILIAS  
SENSATAMENTE  
IMPERFECTAS**



*Ariel*

**GREGORIO LURI**

**ELOGIO  
DE LAS FAMILIAS  
SENSATAMENTE  
IMPERFECTAS**



*Ariel*

1.ª edición: septiembre de 2017

© 2017, Gregorio Luri

Ilustraciones de Miguel Bustos

Diseño de maqueta de J. Mauricio Restrepo

Derechos exclusivos de edición en español:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

[www.ariel.es](http://www.ariel.es)

ISBN: 978-84-344-2678-8

Depósito legal: B. 16.780 - 2017

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

**NO HAY  
FAMILIAS  
PERFECTAS**

## **Comencemos por lo obvio: no hay familias perfectas.**

Es cierto que algunas, que van de mascarones de proa de sí mismas, quieren hacernos creer que lo son. Conviene no discutirles su espejismo, inclinarnos ante ellas y cederles rápidamente el paso. Si se creen lo que dicen, tienen un problema; si no se lo creen, más de uno.

Estas líneas van dirigidas en exclusiva a quienes tienen asumido que son moderadamente imperfectos, con algún recuerdo de imperfecciones un poco sonrojantes y con algún pico de gloria, pero, en general, trivialmente imperfectos. Lo que tengo que decirles es que no sólo no tienen que arrepentirse de ser lo que son, sino que están de enhorabuena. Me propongo animarlos a que mañana, en el desayuno, se presenten ante sus hijos a cara descubierta como unos padres orgullosamente imperfectos. Pero no se apresuren a extraer conclusiones, que no estoy dando carta blanca a cualquier imperfección, porque hay imperfecciones que son mucho más imperfectas que otras. Vamos paso a paso.

Si hubiera una familia perfecta sería omnisciente (es decir, sabría todo lo que hay que saber sobre la vida familiar, la educación de los hijos y el futuro que les es-

pera) y omnipotente (podría aplicar su saber en cualquier circunstancia). Una familia así no tendría más que medallas que ponerse a sí misma. No habría en su memoria nada de lo que arrepentirse. Estaría completamente segura de que siempre ha hecho, hace y hará exactamente lo que corresponde. Sabría que siempre puede contar con el estado de ánimo adecuado para afrontar cualquier circunstancia de la vida. No tendría ni idea de qué se siente al decir algo inconveniente, dar un portazo, hacer el vago de vez en cuando, sentir algún remordimiento de conciencia o luchar por la posesión del mando a distancia. Los hijos tendrían en cada momento resueltas sus necesidades alimentarias, educativas, de ocio... y se comportarían de manera impecable con sus padres, sus abuelos, sus vecinos, sus amigos (si los tuvieran) y sus enemigos (que probablemente no tienen, puesto que son perfectos), los pobres, los ricos, los enfermos, los sanos, los guapos, los feos, los animales, las plantas, los monumentos públicos...

Si hubiera una familia perfecta, todos quisiéramos visitarla como se visita una familia de animales exóticos en el zoo, pero probablemente no sentiríamos ningún deseo de quedarnos a vivir en su jaula dorada, porque hay algo en la vida, algo agrídulce, áspero a veces, con frecuencia inesperado y siempre necesitado de atención, que sólo se descubre compartiendo las propias imperfecciones con personas más o menos tan imperfectas como tú.

No olvidemos que la única razón que pudo tener Satanás para rebelarse contra Dios fue la perfección inmaculada del paraíso.

Dicen que había un monje zen en Japón que cuidaba su jardín minimalista con una meticulosidad tan perfeccionista que siempre dejaba caer alguna hoja seca al final sobre la gravilla recién labrada, porque creía que una perfección sin ninguna tacha no era una perfección humana.



## POR QUÉ NO HAY FAMILIAS PERFECTAS

---

He dado muchas vueltas a este asunto: ¿qué características, exactamente, debiera poseer una familia para poder considerarla perfecta? Finalmente he llegado a algunas conclusiones que someto a vuestra consideración y juicio analítico.

Para ser una familia perfecta, ayudaría mucho tener el segundo hijo antes que el primero. Creo que todos estaremos de acuerdo en que esto contribuiría a nuestra confianza y autoestima, a la tranquilidad en el trato familiar, a ver las cosas con una perspectiva amplia, a evitar premuras y juicios precipitados, etc. Pero no parece que los avances de las llamadas biociencias tengan este objetivo en su horizonte. En cualquier caso, mientras esto no sea posible, tendremos que asumir que, antes de tener un hijo, nadie tiene ni remota idea de qué significa exactamente, no ya qué es una familia imperfecta, sino, simplemente, qué es ser padres.

Para ser una familia perfecta sería de una gran ayuda que los niños vinieran al mundo diseñados de tal manera que tuvieran siempre más sentido común que energía, con lo cual siempre se sabría cómo controlar sus impulsos. Pero las cosas suceden exactamente al revés. Los niños —y no digamos ya los adolescentes— se caracterizan por tener mucha más energía que



sentido común para controlarla. Vienen a ser como conductores novatos que aprenden a conducir con un Fórmula 1 por las calles retorcidas y en obras de una gran ciudad con mucha circulación. Es inevitable que tengan algún accidente, que acaben con la carrocería rayada, algún faro roto y un consumo excesivo de gasolina. Pero esto es lo que hay. Precisamente porque nuestros hijos tienen más energía que sentido común, si alguien tiene que estar dispuesto a poner siempre, incondicionalmente, el sentido común, han de ser los padres. Y eso cansa y, además, no siempre andamos sobrados de sensatez.

Igualmente facilitaría mucho las cosas poder programarse los estados de ánimo, de tal manera que pudiéramos garantizar que cuando nuestros hijos lleguen de la escuela nos encontrarán relajados, abiertos, dispuestos a acogerlos en un ambiente cordial y cálido; que en la cena estaremos ocurrentes, sabremos animarlos a que nos cuenten cómo les ha ido el día y tendremos a punto el comentario adecuado que los ayude sin intimidarlos; que se irán a la cama en cuanto se lo insinuemos sin rechistar, y que se levantarán por las mañanas sin hacer el remolón, con alegría, etc. Pero los estados de ánimo son bastante caprichosos y van y vienen un poco a su antojo, y más de una vez viene a visitarnos el que menos necesitamos.

Si pudiéramos detener el tiempo cada vez que nos surge un problema para poder así consultar la solu-

ción con un experto, también estaría bien. Podríamos contar con una aplicación en el móvil que pusiera la realidad en una dimensión de suspensión temporal hasta disponer de suficientes garantías sobre la eficacia de lo que debemos hacer. Tampoco en este caso la realidad se muestra muy misericordiosa con nuestras aspiraciones de ser unos padres perfectos. Nos enfrentamos habitualmente a todo lo contrario. Nuestra inteligencia disponible en un momento dado suele ser menor que la urgencia con la que un problema nos reclama una solución. Añadamos que nunca controlamos los efectos de nuestras acciones y, por eso mismo, no podemos estar seguros de que nuestra buena voluntad será correspondida con buenas consecuencias.

¿Y qué decir del tiempo libre? A todos nos gusta disponer de tiempo libre y de dinero para disfrutar de una vida de comodidades, pero si, además, queremos tener hijos, no tardaremos en descubrir que las tres cosas al mismo tiempo (tiempo libre, dinero e hijos) son difíciles de equilibrar, especialmente si tienes que ganarte el pan con el sudor de tu frente. Tener hijos es una muy buena cosa, pero impone más de una renuncia. Por ejemplo, ser padre significa dormir poco. Los padres de un niño sano pierden entre 400 y 700 horas de sueño, y esto no ayuda mucho a ser muy creativo imaginando el tiempo libre. Lo que se quiere es dormir de un tirón ocho horas seguidas.

Aceptemos, pues, que la aspiración a la perfección puede ser en ciertos momentos comprensible, pero que no está a nuestro alcance realizarla. En consecuencia, habrá que optar por lo que está por debajo de la perfección... que es la imperfección sensata. ✨